

## *Moral y Política en Maquiavelo*

RAÚL CARDIEL REYES

Siguiendo el pulso de los tiempos, de cuando en cuando, periódicamente se impone la necesidad de poner en cuestión las ideas mejor sentadas y admitidas, analizar las figuras históricas más altas cuyas gestas y pensamientos forman la textura esencial de la cultura de todas las naciones. A fuer de conformarnos a esas ideas, de inspirarnos en esas figuras, han llegado a ser parte de nosotros mismos, carne de nuestra carne, aliento de nuestro espíritu.

Así ha ocurrido con Nicolás Maquiavelo que, en el pórtico del Renacimiento, descubrió la faz del hombre moderno en toda su desnudez, con toda la fuerza de su pujante naturaleza. Sus actividades políticas y diplomáticas, sus certeros informes, *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, son permanente motivo de las reflexiones de los teóricos de la política y están implícitamente en el fondo de las grandes cuestiones que embargan los problemas de la conducta humana.

Este momento histórico que agita los soportes de todas nuestras tradiciones, cuando la energía de la razón, más poderosa que nunca, se lanza hacia todos los temas que ciñen nuestra época, es menester encararnos otra vez con Maquiavelo y sus ideas sobre la política: analizarlas es un modo de poner en crisis nuestra conciencia moral y depurar la perspectiva social del Estado.

La fundamental interrogante que surge al estudiar a Maquiavelo es, si hizo verdadera ciencia política, hasta qué punto logró fijar sus objetivos, delimitar sus métodos y establecer sus principios.

La actitud científica consiste en tratar de describir la realidad, a partir de ella misma, sin supuestos previos que la deformen, sin proyectar en su estudio ideas o valores que no surjan de su más objetivo análisis. Es decir, se trata de describir una realidad, su-

primiendo hasta donde sea posible la subjetividad del propio investigador y sus ideas preconcebidas hacia el objeto que estudia.

Para Maquiavelo el estudio del Estado, la manera cómo se origina, cómo se conserva o cómo se destruye, ha de hacerse desde un punto de vista realista que toma en cuenta cómo son los hombres y no cómo deben ser, que parta de los instintos naturales que lo mueven y han movido a través de todas sus épocas históricas y no de los ideales que han tratado de realizar, que describa su conducta y sus auténticos móviles y no las diversas teorías con las cuales trata de justificarlas precisamente; arrancando al hombre la máscara de sus ideas morales, con las cuales pretende ocultar las fuerzas que mueven la política.

Este acto de desenmascarar a la política no es otra cosa que la consabida separación de moral y política, en la que al parecer consiste la verdadera actitud científica.

Si el estudio científico del Estado exige prescindir del mundo moral, queda frente a nosotros el hombre en su estado de naturaleza, con el haz congénito de todos sus instintos, cuyo juego constituye la pura dinámica de la política, en su esencia, en su desnuda realidad.

Este hombre natural, despojado de este modo de la aureola racional que le había colocado el humanismo clásico, es antisocial, vive al principio, dice Maquiavelo, "disperso, a semejanza de los animales". No hay ningún instinto de sociabilidad que lo lleve a reunirse con los demás hombres y que tan bien dejó sentado Aristóteles. El agudo sentido empírico de Maquiavelo le hace sentir no sé qué de inteligencia oculta, en ese misterioso instinto que le revela antes de toda experiencia los frutos de la sociedad, esa entelequia que ha de desplegarse en los grandes agrupamientos humanos y que parece como una puerta falsa para la metafísica, ansiosa de colocar al principio todo lo que desea encontrar al final de sus indagaciones. Del desdén con que Maquiavelo pasa por alto el *zoon politikón* aristotélico, inferimos su rechazo de todo lo que no es mera descripción de la realidad.

El hombre es antisocial y por lo mismo malo por naturaleza, si por ello ha de entenderse el no considerar nunca el bien del prójimo. Sólo se preocupa de su propio bien. "Todos los hombres en general, son ingratos, falsos, inconstantes, cobardes ante el peligro y ávidos de ganancias."<sup>1</sup> Egoísmo, temor, codicia, he aquí los úni-

<sup>1</sup> *El príncipe*, capítulo XVII.

cos instintos naturales a partir de los cuales ha de explicarse la conducta del hombre en la vida política.

Fue el temor ante el peligro, la defensa de su vida y sus pertenencias contra enemigos exteriores, lo que obligó a los hombres a formar la sociedad "a concentrarse", como dice graciosamente Maquiavelo.<sup>2</sup>

No debemos pasar por alto que estas indicaciones sobre un estado primitivo de salvajismo, de dispersión y la constitución de un primer grupo humano, bajo la presión del temor, son hipótesis históricas que Maquiavelo deduce de la condición del hombre natural.

Pero al constituirse la sociedad aparece una nueva pasión humana, la ambición, el deseo de poder, de mando, la gloria de ser el primero entre los suyos, de imponer regíamente su voluntad. El primer jefe debió ser el más fuerte y valeroso, para que pudiera darles seguridad y abrigo contra sus enemigos. La gloria, es decir la vanidad, la circunstancia de sentirse el mejor entre todos, de tener alto rango por las cualidades máspreciadas de los hombres, en esos tiempos primitivos, la fuerza y el valor, constituye ese impulso irresistible hacia el poder que se llama ambición.

Aunque Maquiavelo no lo diga expresamente, se desprende de sus reflexiones que, al nacer la sociedad, aparece también un factor de unidad social que es la fuerza de la imitación, de seguir la conducta de aquellos que representan el prototipo de las virtudes humanas por excelencia. El valor simbólico del león en las sociedades primitivas radica en que posee las cualidades que se espera de los grandes jefes: la fuerza y el valor.

Para el mismo Maquiavelo resulta, sin embargo, difícil mantener al hombre en ese estado de naturaleza, librado a la sola manifestación de sus intintos. Creado el estado social, aparece, didce en los *Discursos*, las distinciones de lo bueno y de lo honrado, de lo malo y lo vicioso. De aquí que algunos actos produjeran compasión y otros odio. Lo odioso debe ser execrado, lo compasivo ha de ser imitado. Y como las ofensas que producen el odio se repetían constantemente, fue necesario establecer leyes y castigar severamente a aquellos que las infringían, con lo cual nace la noción de lo justo y lo injusto, de lo que debe ser y lo que no debe ser. El jefe ha de ser en lo sucesivo no el más fuerte y valeroso, sino el más justo y sensato,<sup>3</sup> que garantice la aplicación fiel de las leyes.

<sup>2</sup> *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, libro 1, cap. 2.

<sup>3</sup> *Discursos*, libro 1, cap. 2.

He aquí de qué manera esa moral que dice a los hombres cómo deben ser, que les exige un ideal en su conducta, que justifica unos actos y reprueba otros, que se propone domoñar severamente el libre juego de los instintos naturales, oponiéndoles la imitación de lo excelente, el castigo de lo malo y lo injusto, que había sido expulsada por una estricta actitud científica, vuelve a aparecer, aunque sea en una época tardía de la historia humana, en el escenario de la vida política. Junto al hombre natural hay que anteponer el hombre moral; junto a la naturaleza, la cultura; frente a los instintos, las normas; frente a la realidad, la idealidad. Moral y política vuelven nuevamente a disputarse la hegemonía de la conducta humana.

La lucha que de este modo se establece entre naturaleza y espíritu no termina nunca; ni la moral acaba de vencer los instintos naturales ni la política sola puede conducir a las comunidades humanas. Una esencial dualidad caracteriza la vida humana no sólo porque en su dimensión social hay una disputa entre los que luchan de acuerdo con sus instintos y los que se proponen fines morales, sino porque en el hombre mismo, existe una conciencia disociada entre moral y política, entre lo real y lo ideal. Maquiavelo recuerda la fábula de Quirón "El centauro", que siendo su naturaleza mitad hombre, mitad animal, sirvió de maestro a Aquiles y a los héroes griegos, para que no se olvide esta permanente tensión entre lo natural y lo espiritual.

"Porque habéis de saber, dice, que hay dos maneras de lucha: con las leyes y con la fuerza. La primera es la de los hombres; la segunda la de los animales. Pero como a veces no basta la primera, hay que recurrir a la segunda."<sup>4</sup>

La delimitación entre la esfera de la moral y de la política, entendidas de esta manera, corresponde a lo social y lo político: a la primera toda la multitud de personas que forman los gobernados; a la segunda la pequeña élite humana de los gobernantes. Las leyes que determinan lo justo y lo injusto, las normas morales que determinan lo bueno y lo malo, rigen a la sociedad, a la agrupación humana de los gobernados; en tanto que los gobernantes, los políticos se regulan por principios naturales. Es curioso que no se haya hecho hincapié en la circunstancia de que Maquiavelo no desarrolló ni una teoría social ni una teoría política. A pesar de las innumerables veces que se ocupa de las leyes, de la seguridad

<sup>4</sup> *El príncipe*, cap. XVIII.

de los súbditos, de la protección de la propiedad, de la salvaguarda del honor; no se detiene nunca a establecer su contenido y sus límites, los principios en que deben sentarse. En las mismas oficinas en que desempeñó su puesto de Secretario de la Señoría de Florencia, Leonardo Bruni d' Arezzo tradujo en 1492 la *Política* de Aristóteles, en donde se planteaban temas cruciales sobre la propiedad privada, la propiedad colectiva, el comunismo de bienes, la supresión de la familia, etcétera. Sin embargo, Maquiavelo pasó por alto todas estas disquisiciones que tocaban el contenido de una buena legislación, no por simple ignorancia, sino porque no iban al punto de sus reflexiones: armar al político de una serie de consejos para que mantenga su poder y lo aumente lo más posible.

Frente al orden legal, su programa fue bien sencillo: mantenerlo cuando convenga, destruirlo y cambiarlo todo, cuando así lo exija el interés del político. No importa si aquel orden es justo y mantiene quietas a las multitudes; si es injusto en algunos puntos y debe modificarse para remediarlo. Las leyes son medios de control y dominación; si representan un límite al poder del político han de ser destruidas, como aconseja en el caso de un príncipe nuevo; con mayor razón han de constituirse otras, si es un político que debe mostrar todo su poder trastornar las relaciones sociales y políticas que le antecedieron y crear otras nuevas que se deban sólo a él. Aún la estabilidad del Estado sucumbe para salvar al político.

Tampoco se cuidó de una teoría política, si por ella se entiende la que establece el origen de Estado, su forma de gobierno, la organización política, la extensión de los derechos de la ciudadanía, las diferentes clases sociales. Es cierto que en el capítulo II, libro I, de los *Discursos* repite la teoría de Polibio, sobre la anacyclosis. Si comparamos el libro IV, capítulo III, de la *Historia Universal* de Polibio con esas breves reflexiones maquiavélicas sobre las formas de Estado, veremos que lo ha seguido paso a paso. Ha omitido deliberadamente la alusión hecha al instinto de sociabilidad de Aristóteles a que Polibio recurre para explicar las primeras sociedades; reduce la amplia y pormenorizada explicación del historiador griego del tránsito de la primera monarquía fundada en el liderazgo del más fuerte al más sabio en breves sentencias que resumen lo esencial. En Polibio se ven aparecer con claridad los sentimientos de lo honesto y de la gratitud, del sen-

tido de la propiedad, de los lazos familiares y cómo la noción de lo justo y lo injusto nace de ellos. De este modo la jefatura del más sabio y sensato es el tránsito de un gobierno natural por decirlo así, fundado en las meras capacidades físicas de sus componentes, al gobierno moral del más sabio y al mantenimiento de un orden que haga posible la supervivencia de lo bueno, de lo justo y de lo honesto. Luego la sucesión de gobiernos a partir de la monarquía, pasando por la tiranía, la aristocracia, la democracia y la oclocracia, el gobierno de las masas, término de Polibio que Maquiavelo no recoge. En cambio remata su disquisición con la tesis del Estado mixto que combina las tres formas de gobierno en uno solo, a semejanza de Roma, que conservó el poder real en los cónsules, el poder aristocrático en el senado, y el democrático en los tribunos y los plebiscitos.

Paralelamente a esta clasificación de las formas de gobierno, de origen clásico, Maquiavelo sostiene otra que es más suya y propia para sus menesteres: la que divide a los Estados en principados y repúblicas. Pero no se detiene nunca en explicar qué entiende por uno y otro, no obstante las exigencias de un quehacer teórico. Deducimos por algunas reflexiones que el principado es el gobierno de uno solo y la república el de un príncipe con senado, tribunales y ciudadanía. En el principado distingue también lo que es propiamente una monarquía, pues Fernando el Católico y Luis XII, reyes de su tiempo, son designados príncipes en varias ocasiones, de una tiranía que es el gobierno despótico, absoluto de uno solo. A veces confunde la monarquía con una república, pues a Francia la designa como gobierno constitucional, que ha mantenido cuerpos públicos entre el rey y el pueblo, en tanto que el principado civil, tal como lo define en *El príncipe*, parece dar lugar a una tiranía, una república aristocrática o una república plenamente democrática. Toda la terminología maquiavélica en torno a las formas de gobierno es complicada y confusa.

Los principados eclesiásticos a que se refiere en el capítulo xi de *El príncipe* son expresión del poder temporal de la iglesia, cuyos medios de gobernar se le escapan, dice Maquiavelo maliciosamente, por tratarse de cuestiones que no comprende la mente humana.

Que Maquiavelo no tuvo ninguna conciencia del problema de la soberanía, lo demuestra el haber creído necesario hablar de los principados mixtos que forman parte de otro Estado, como fue el

caso de Milán que entró como posesión del rey de Francia, aunque luego se convirtió verdaderamente en Estado cuando lo conquistó Ludovico el Moro.

Las traducciones españolas de *El príncipe* en donde aparece la palabra soberanía, son incorrectas pues traducen el término “dominazione” o “dominio”, pero nunca “sovrano” o “sovranita”.

(No se nos tache de antihistóricos esperando ver aparecer el problema de la soberanía en Maquiavelo, cuando sólo surge con claridad cincuenta años después de su muerte en la obra de Bodino. Ya en Aristóteles pudo rastrear ese concepto en el término *kyrion* o *kyriostatos* y en el término autarquía. Pero dejemos esto de lado.)

En realidad, el breve resumen de las teorías de Polibio se da al olvido para dar paso a la suya propia. Los cambios políticos van de la tiranía a la república, y de ésta a aquélla; se trata en el fondo de un poder absoluto o un poder limitado, que parece finalmente la única clasificación de formas de gobierno que cuenta para Maquiavelo.

Que tampoco entendió el verdadero problema de la ciudadanía es acaso el rasgo más patético de este desvío de Maquiavelo hacia los problemas científicos de la política. Florencia, su propia patria, mantenía un injusto y cerrado colonialismo respecto a sus poblaciones cercanas como Pistoya, Arezzo, Luca, etcétera. Ni los políticos de su tiempo, ni Maquiavelo mismo, descubrieron que esta injusta sujeción era la causa primordial de la debilidad de la República de Florencia. Volterra fue violentada por Lorenzo el Magnífico por sus minas de alumbre que hacían ruinoso competencia al gran turco; Prato, cuyas aguas eran excelentes para las tinturas textiles, fue condenada largo tiempo a no tener tintorerías, sólo para proteger a los burgueses florentinos que explotaban los mismos negocios. Tanto más injusto era no conceder la ciudadanía a todas esas poblaciones comarcanas, cuando la obligación de prestar servicios militares a un Estado del que no eran miembros se convertía en una verdadera conscripción obligatoria, en una “leva”, como se dice en español tan gráficamente. Maquiavelo apoyó plenamente esta política de colonialismo interno, de opresión y servidumbre a poblaciones italianas que correspondían al territorio de Florencia como se ve en su informe “Sobre la manera de tratar las poblaciones del Valle de Chiana que se habían sublevado”, y en el caso de Arezzo en donde recomendó el exilio de todos los ha-

bitantes que se resistieran a la autoridad, “sin importar el número ni el hecho de que se quede la ciudad casi vacía”. En 1534, el duque de Florencia Alejandro de Médicis concedió la ciudadanía a todas las poblaciones asentadas en su territorio, lo que ocasionó la unidad, fuerza y cohesión que a la república siempre faltaron y que tantos desastres provocó, en momentos decisivos. Esta medida elemental de igualdad cívica no pasó nunca por la mente de Maquiavelo. Cuando estudió alguna vez en los *Discursos* las diferentes maneras de asociar Estados, repudió desde luego como expresión de una débil política la de hacer alianzas en pie de igualdad a varias provincias; dio prioridad a la política romana de hacer colonias conservando para la metrópoli la facultad decisoria final en la política.<sup>5</sup>

La estructura social parecía muy simple a Maquiavelo. Alguna vez dijo que “en todas las ciudades se encontraban estos dos partidos diversos: los nobles y el pueblo”.<sup>6</sup> Los nobles luchan por mandar y oprimir al pueblo; éste por no ser mandado ni oprimido por los nobles. Se llega al poder apoyado por uno o por otro, de ahí que la política sea diversa según su origen.

Las pruebas que Maquiavelo aduce para sus máximas políticas se fundan en los hechos antiguos o modernos. Para los primeros, le sirvió de guía la *Historia de Roma* de Tito Livio, en cuya narración los factores sociales que explicaban el curso político era la lucha entre nobles y plebeyos. La misma dinámica social encuentra Maquiavelo en su tiempo, pues la sociedad la reduce a dos clases fundamentales: los nobles o grandes y el pueblo. Esta identificación de la estructura social antigua con la moderna le hace pensar que el proceso de las comunidades humanas ha tenido en todos los tiempos los mismos resortes y que los motivos de las acciones humanas no han variado. Lo que equivale a decir que la sociología y la sicología que explica los procesos y móviles humanos se mantienen invariables durante todas las épocas históricas.

Es evidente por esto mismo la falta de perspectiva de su propio tiempo que padeció Maquiavelo. El Renacimiento no es únicamente una transformación radical del cosmos intelectual, la introducción de las filosofías griegas, el estudio de los clásicos, la imitación del arte antiguo, sino un cambio profundo en la estructura social. Desaparece la organización estamental, la división de

<sup>5</sup> *Discursos*, libro II, cap. IV.

<sup>6</sup> *El príncipe*, capítulo IX.

los gremios, las clases aristocráticas que fundaban su código en el nacimiento, el honor y el valor, y aparecen las clases burguesas, las altas y las pequeñas, que introdujeron el sentido del cálculo mercantil, la conducta utilitaria y pragmática, el sentimiento de la riqueza y el lujo, la búsqueda de la comodidad y la seguridad, antes que el afán caballeresco por el peligro, la aventura y la guerra.

Maquiavelo representa, sin embargo, un momento de transición en el que se identifican la clase aristocrática y la burguesa, el afán de aventuras con la creación de grandes empresas; el riesgo que implica la guerra con el riesgo de los grandes negocios; la fusión del caballero y el burgués de que tan buenos ejemplos son los piratas de Inglaterra, los *condottieri* en Italia y los comerciantes navegantes en Venecia. El concepto que tiene Maquiavelo de partidos diversos como *umori diversi* implica que piensa en los grupos sociales como expresión de temperamentos, naturalezas humanas diferentes; la circunstancia de que hable de los *grandi* más que de los aristócratas y los nobles, hace pensar en una expresión que incluya cómodamente a éstos y a los burgueses. Que toda su ciencia la considerara reducida a *la cognizione delle azione degli uomini grandi* como dice en el prólogo de *El príncipe*, se compagina muy bien con ese espíritu aristocrático que viniendo desde la época medieval se fundía con las nuevas clases burguesas animadas de un audaz espíritu de empresa, a causa de ese momento de transición entre la moral caballeresca y el espíritu de empresa de la nueva burguesía, Maquiavelo no percibió la nueva organización social de su época, el surgimiento de nuevas clases sociales, el nacimiento de una nueva moral utilitaria, acomodaticia, calculadora, timorata, amante del lujo y la riqueza más que de la gloria y la aventura.

También estas reflexiones explican por qué Maquiavelo vio en el *condottieri* el ideal del político, guerrero y mercenario, que confundía en una sola acción aventura y empresa, lucha y ganancias, éxito y dinero. A pesar de su resistencia a las milicias mercenarias y su declarada preferencia a las nacionales, el político debía ser una personalidad enérgica, impetuosa y audaz, que desafiara a la fortuna, que doblegara por la fuerza, por el terror, por la habilidad y la astucia, a todas las clases sociales, lo mismo a los nobles que a los plebeyos.

Sus meditaciones, sus máximas, no constituyen por lo mismo una ciencia política, sino un manual para el político; no un tratado sobre la organización del Estado, sino una guía para moverse libremente

dentro de ella; no formó ni una teoría social ni una teoría política, sino una pragmática política que se proponía dar consejos, establecer máximas, normas técnicas para la acción, si el fin propuesto era el dominio personal, la primacía política, en una palabra, la hegemonía en una comunidad humana. De segunda importancia resultan la organización social y la política, las instituciones que se derivan de la constitución de un país, y casi de ningún valor los ideales políticos que animan al Estado.

Estos factores quedan englobados como las circunstancias, todas ellas fortuitas, que rodean la acción del político y la condicionan. De ahí que resulte tan indiferente a sus preocupaciones teóricas el definir en qué consiste un principado o una república, la diferencia entre monarquía o tiranía, el sentido de la ciudadanía, las clases sociales y otros temas propios de una ciencia del Estado que dejó fuera del objeto de sus reflexiones.

Esta pragmática política se propone una manipulación de la moral y la política, el uso de sus mecanismos naturales, a fin de obtener objetivos que no se confunden con ningún otro. Cuando Maquiavelo recuerda que el hombre es bestia y hombre al mismo tiempo, agrega: "Es necesario al príncipe usar a la bestia y al hombre."<sup>7</sup> En este uso de ambos dominios consiste su arte peculiar en la política. La actuación del político es una esencial dualidad, actúa en el plano moral y en el plano político, como hombre natural y como hombre moral, pero no se identifica finalmente con ninguno. Esta combinación de la actuación moral y natural, es la esencia misma de las reflexiones de Maquiavelo; manipulación conveniente de las normas que rigen la sociedad, incluidas las normas morales, las instituciones políticas, los senados, los tribunales, las milicias, etcétera, y que constituyen la preocupación central de ese arte destinado a los príncipes.

Suele decirse que Maquiavelo estudió la política no sólo desde el príncipe, sino desde el pueblo, este último en el libro de los *Discursos* en donde la perspectiva es la de la república. Este arte diferente del príncipe y la república corresponde a las dos formas de gobierno que distingue. De ahí que se recomiende no confundir los consejos que se dan al príncipe con aquellos pensados para las repúblicas. Sin embargo, lo que vuelve muy confuso estos puntos de vista es tomar en cuenta que las repúblicas tienen también príncipes, entendido el término como jefe político, el principal en una

<sup>7</sup> *El príncipe*, cap. XVIII.

comunidad. No pocas veces en los discursos encontramos recomendaciones precisas para el príncipe considerado no sólo como el jefe político absoluto de un estado, sino también como “el príncipe en la república” como se dice concretamente en el libro I, capítulo xxxii de esa obra. Las reflexiones de Maquiavelo están todas encaminadas al príncipe, ya sea único y absoluto gobernante, ya el príncipe en las repúblicas que tiene que vérselas con el senado, el público, los tribunales, etcétera. Maquiavelo no sólo pretendía encontrar las máximas que han de regular a un César Borgia, sino a un republicano tan convencido como Piero Soderini, su jefe en Florencia, a quien hace múltiples críticas en su libro *Discursos* respecto a su manera de manejar una república. Maquiavelo considera que Soderini, por ejemplo, no ha sabido aplicar las normas políticas debidamente; lo califica de un gobernante débil, que se dejó llevar demasiado por las normas morales, y cuyo único resultado fue su fracaso y su desgracia. Concretamente lo acusa en una pintoresca expresión de “no haber asesinado a los hijos de Bruto”, los partidarios de los Médicis, enemigos de la república, y creído que con la persuasión y el convencimiento podía evitar que se hubieran levantado contra su gobierno.

Las reflexiones de Maquiavelo están por lo mismo encaminadas al político, ya se encuentre en un principado, ya en una república; son consejos destinados a los gobernantes, y no a los gobernados.

El hecho mismo de disponer del poder, de encontrarse en la situación de decidir la suerte del Estado, coloca al político en una situación diferente a la de los demás hombres. El político, por serlo, queda liberado de someterse a la moral. La conveniencia política ha de decidir cuándo haya que actuar moralmente y cuándo en forma contraria a las normas éticas. Pero también actúa independientemente de lo que pueden suponerse los fines del Estado.

El fin primordial de la política es la estabilidad del Estado. A este objetivo han de quedar subordinados todos los fines que puede proponerse el hombre en sociedad, la estabilidad política que envuelve la seguridad de los súbditos, la protección de sus propiedades, la salvaguarda de su honor. Es el fin más alto de la comunidad, a la que han de sacrificarse todos los bienes humanos. Constituye la razón de Estado que justifica todos los medios que puedan ponerse en juego para ello. Maquiavelo lo dijo tajantemente: “Cuando se trata de la salud de la patria, no se debe tener cuenta

ni de justicia o injusticia, de piedad o crueldad, ni de elogios y oprobios, sino dejando de lado toda otra consideración, es preciso que la patria sea salvada con gloria o con ignominia.”<sup>8</sup> César Borgia usó de la crueldad para pacificar la Romaña, pero Florencia, dice Maquiavelo, por no ser cruel, dejó destruir a Pistoya. Al final de cuentas Borgia fue menos cruel que Florencia, porque evitó males mayores consintiendo en menores. He ahí la justificación de la razón de Estado: persigue el fin ético más alto, porque envuelve la seguridad, la propiedad y el honor de los súbditos. Si ésta fuera la interpretación correcta de la razón de Estado, volveríamos otra vez al campo de la moral. La razón de Estado resultaría una razón ética que se propone el bienestar general de una comunidad. La política queda finalmente justificada por la moral.\*

Sin embargo, hay algunas consideraciones que hacen dudosa esta interpretación. No es lo mismo la estabilidad del Estado que la estabilidad del político; la conservación del orden político que la conservación del político en el poder. Hay un momento en que ambos aspectos parecen confundirse: cuando el político es el Estado, cuando debido a la concentración del poder en una sola persona el cambio del orden político significa el cambio del político, de tal modo que la estabilidad del Estado es al mismo tiempo, en esas circunstancias, la estabilidad del político.

Así la ambición política, el deseo de conservar el poder a toda costa, se confundiría con la razón de Estado. *El príncipe* sería una serie de máximas para un príncipe ambicioso, así como los *Discursos* lo serían para un pueblo ambicioso, ha dicho Macaulay.

Los consejos de Maquiavelo sin embargo van encaminados a mantener al político en el poder, no a buscar el bienestar del pueblo. “En las repúblicas bien organizadas, el Estado debe ser rico y los ciudadanos pobres”, ha dicho Maquiavelo.<sup>9</sup> Tienen por objeto el poder, constituyen una técnica del poder, cómo conquistarlo, conservarlo, ensancharlo. Un poder que no se propone nada fuera de sí mismo, el poder por el poder mismo.

Su principal preocupación debe ser “vivir y sostenerse en su Estado; los medios que emplee para conseguirlo siempre parecerán honrados y laudables, porque el vulgo juzga siempre por las apariencias y sólo se atiene a los resultados”.<sup>10</sup>

Para lograr este propósito ha de valerse de la moral y de toda

<sup>8</sup> *Discursos*, libro III, cap. xli.

<sup>9</sup> *Discursos*, libro I, cap. xxxvii.

<sup>10</sup> *El príncipe*, cap. xviii.

la fuerza, prestigio popular que con ello se gana. La moral es un medio de previsión de la conducta social del pueblo que odia lo malo y vicioso y aplaude lo honesto y lo bueno. De aquí que el príncipe “debe parecer clemente, fiel, humano, religioso e íntegro, mas ha de ser dueño de sí para que pueda y sepa ser todo lo contrario, llegado el caso”. Se comprenderá que un príncipe y particularmente un príncipe nuevo, no puede practicar todas las virtudes que hacen pasar a un hombre por bueno, porque “dada la necesidad de conservar el Estado, suele tener que obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión”.<sup>11</sup>

La apariencia moral es un medio de obtener el apoyo del pueblo, sin el cual difícilmente puede un político mantenerse en el poder; le permitirá al político no ser odiado; ni ser despreciado, y evitar todo aquello que lo haga débil, cobarde, e incapaz de tomar una decisión; no debe “pasar por inconstante, ligero, afeminado, pusilánime e irresoluto, afanándose por mostrar en sus actos grandeza, valor y poder”.<sup>12</sup>

Tampoco debe ser fiel a las finalidades de un Estado; ni mantenerse en una línea política determinada. “Un príncipe contemporáneo, que no viene a cuento nombrar, no predica más que la paz y la buena fe; pero es muy enemigo de una y de otra, y si las hubiera observado ambas, más de una vez hubiese perdido su fama y sus Estados.”<sup>13</sup>

Acaso se haya pensado que Maquiavelo rechaza la moral pública y los fines públicos del Estado, porque el príncipe tiene una moral privada y una teoría política propia. Sin embargo, de sus reflexiones se deduce que el político no tiene ni doctrina política propia ni moral ninguna. No se puede tener moral cuando se siguen sus dictados sólo por parecer moral; tampoco se puede tener una doctrina política determinada cuando se obra de mala fe, cuando se manifiestan determinados propósitos y se les traiciona deliberadamente. Si se dijera que una doctrina política es actuar de mala fe, se puede contestar que, tener una doctrina significa sujetarse a determinados fines en su actuación, señalarse determinados objetivos que normen la actividad del Estado. Pero Maquiavelo dice muy claramente que hay que aparentar tener una política, pero faltar a ella cuando sea conveniente.

La norma de conservar el poder, la posición de mando y do-

<sup>11</sup> *Idem*, cap. XIII.

<sup>12</sup> *Idem*, cap. XIX.

<sup>13</sup> *Idem*, cap. XVIII.

minio es un propósito que no implica doctrina alguna. La diferencia esencial entre tener una doctrina y no tenerla radica en que, en el primer caso, el poder político se valora como un medio para realizar ciertos fines, en tanto que en el segundo el poder es un fin en sí mismo. El considerar al poder un fin en sí mismo y no un medio para otros fines, que caracteriza a las ideas maquiavélicas, la hacen por definición una política carente de doctrina, que en esencia consiste en las finalidades del poder político.

De este modo hemos llegado a la verdadera esencia del maquiavelismo: aparentar lo que no se es; engañar aparentando ser honrado, engañar aparentando tener una línea política determinada, pero no ser ni una ni otra cosa. Emmanuel Kant, con su conocida sutileza, se preguntaba alguna vez: ¿Es posible hacer una promesa, sin el propósito de cumplirla? “Bien pronto me convenzo de que si bien puedo querer la mentira, no puedo querer, empero, una ley universal de mentir; pues según esta ley, no habría propiamente ninguna promesa, porque sería vano fingir a otros mi voluntad respecto a futuras acciones, pues no creerían esc mi fingimiento, o si por precipitación lo hicieran, pagaríanme con la misma moneda; por tanto mi máxima (hacer una promesa sin el propósito de cumplirla) tan pronto se tornase ley universal destruiríase a sí misma.”<sup>14</sup>

El radical fingimiento en la moral y la política sólo es posible como una secreta intención de la voluntad; pero en tanto se hace universal, se hace pública, se destruye a sí misma. Con alguna razón, dijo alguna vez Diderot de las doctrinas expuestas en *El príncipe*: “Se ha tomado por un elogio lo que no es sino una sátira.” Juan Jacobo Rousseau decía: “Fingiéndose enseñar o dar lecciones a los reyes, las ha dado muy grandes a los pueblos. *El príncipe* de Maquiavelo es el libro de los republicanos.” Juicios sagaces que descubrieron la radical contradicción de las doctrinas maquiavélicas: convertir en reglas universales lo que no pueden ser sino maquinaciones subjetivas; hacer público lo que debe ser secreto; elevar a máxima universal lo que por su solo enunciado se destruye a sí mismo.

La pragmática política de Maquiavelo ha tenido que tomar necesariamente la forma de una casuística, de dictar reglas útiles sólo para casos muy específicos. Por su propia naturaleza no pue-

<sup>14</sup> E. Kant *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Colección Austral, p. 42.

den ser elevados a normas universales, a leyes generales. Esto es una consecuencia de su método de deducir consejos de casos particulares, como todos los hechos históricos de que se vale. Además Maquiavelo precisa más de una vez la imposibilidad de dar reglas generales, cuando toda la actividad del gobernante depende de las circunstancias que son variables por naturaleza.

Si se quisieran deducir principios o normas generales de las máximas o consejos de Maquiavelo, se verían luego sus patentes contradicciones. Alguna vez dijo que todo se debe a la fortuna, como en el caso de César Borgia; en otras ocasiones dice que sólo la mitad de los negocios humanos son influidos por ella; finalmente en el caso de Agatocles considera que la fortuna no tuvo influencia en sus éxitos. Sostenía que todos los hombres eran malos, pero también, que ningún hombre es completamente malo o bueno. En tanto que en el capítulo ix de *El príncipe* dice que no hay regla segura para que el pueblo no se rebele, en el capítulo xix aconseja, para evitar las conspiraciones, no ser odiado o despreciado por el pueblo. Cree que es mejor ser temido más que amado por el pueblo y al mismo tiempo que el amor del pueblo es el único sostén del gobierno.

La única manera de que esa casuística de Maquiavelo tenga alguna utilidad, es considerarla un complemento de la acción moral o política mediante consejos prudentes que pueden seguirse o dejarse, prescindiendo de los que interfieran con los principios de la ciencia política y la moral. De otra manera, se convertirían en la anti-política, en todo aquello que no debe ser hecho por los gobernantes. La verdadera enseñanza de Maquiavelo consiste en que la política, sin la guía de la ciencia, sin las normas de la moral, es sólo egoísmo, ambición, codicia, crueldad, terror.

Una pragmática como la enunciada por Maquiavelo sólo tiene sentido si es una moral del éxito, si valora sus actos por los resultados. El famoso proverbio "El fin justifica los medios" se refería a su fin propio, la estabilidad del político, la conservación en su posición de mando y dominio. Pero todas sus astutas reflexiones, las máximas más severas que dio a los políticos, no valen nada si el pueblo no está satisfecho con sus gobernantes. Al final de cuentas, confiesa Maquiavelo, el amor del pueblo es la única garantía del príncipe, y ese propósito no se logra si no se da seguridad a sus vidas, protección a sus propiedades, salvaguarda a su dignidad, a su honor personal.

El contrasentido fundamental de Maquiavelo es que en último término considera a la moral como base en una política que no toma en cuenta a la moral. La simulación, el temor, la fuerza, no cuentan nada si no se tiene de su lado el prestigio que otorga una conducta limpia y honorable, respetada por todos. A los grandes, por ser pocos, se les puede hacer frente; pero no a los pueblos. “El príncipe, no debe temer más que a las conspiraciones secretas, que puede evitarlas huyendo de lo que pueda hacerle odioso o despreciable y procurando tener contento al pueblo, cosa indispensable, como lo hemos dicho extensamente. Uno de los remedios más eficaces que tiene el príncipe contra las conspiraciones es no ser odiado ni despreciado por la muchedumbre; porque los conspiradores suelen creer que el pueblo se alegrará de la muerte del príncipe; pero si creyeran que esa muerte irritase al pueblo, nunca se atreverían a tomar una resolución sumamente peligrosa para los conjurados.”<sup>15</sup>

La faena más importante de Maquiavelo, el haber llevado a cabo la separación de la política y la moral, se vuelve al final de cuentas impracticable. No sólo porque la moral es un factor de la dinámica social, un medio de previsión de la conducta de los gobernados, sino porque es el único camino para manejar a los pueblos. Los políticos que deseen mantener su poder deben estar apoyados por el pueblo y por eso mismo se ven finalmente llevados a seguir los dictados de una moral que al principio parecía fácil de violar, más fácil de aparentar y en todo caso susceptible de acallar con el poder de las armas.

Maquiavelo es un realista ingenuo, porque pretendiendo ocuparse únicamente de cómo actúan los hombres y no de cómo deben actuar, acaba por estudiar también el deber ser, por cuanto éste ya no aparece como simple norma, juicio de valor, sino como una parte de la propia realidad, como hechos sociales, y los conceptos morales como verdaderos factores reales de la conducta, tanto social como política. Precisamente por serlo, la moral se convierte en actitud científica que establece las leyes que explican cómo actúan de hecho los hombres y por lo mismo permiten prever las reacciones humanas ante determinadas circunstancias. El político sabe de antemano que un acto de injusticia provocará reprobaciones y protestas; que un acto de justicia tendrá adhesiones y aplausos. Es innecesario traer a cuento las innumerables ocasiones en que Maquiavelo acepta el factor moral desde tres puntos de vista: como factor real

<sup>15</sup> *El príncipe*, cap. xix.

de la conducta, como ley que establece las consecuencias de ciertos actos y como normas propias de la acción política.

Las mismas observaciones podrían hacerse en relación con una teoría política. El principio de que todo gobierno debe buscar el bienestar de sus súbditos, por ejemplo, es no sólo un factor real de la conducta de gobernantes y gobernados, ley que permite prever la conducta de ambos en ciertas circunstancias, sino norma que regula la propia acción del Estado.

La circunstancia de que moral y política existen, tanto como normas ideales que como factores reales sociales, es algo que escapó a la perspicacia de Maquiavelo. No obstante que declara atenerse al puro plano de lo real, es evidente que pasa constantemente al plano de lo ideal y normativo y que al final de cuentas la esencia de sus reflexiones se desarrolla en éste al estatuir una serie de normas, consejos válidos para el político.

El arsenal de la historia que proporciona a Maquiavelo todo el material para comprobar el valor de sus máximas se le ofrece como el único camino para conocer la conducta humana. La historia es pragmática porque nos enseña qué conducta observar en determinadas circunstancias; qué consecuencias resultan de determinados actos; qué personajes debemos imitar y cuáles ejemplos evitar; en una palabra, la historia es escuela de carácter, “maestra de la vida”, como dice el proverbio antiguo. “El que estudia las cosas de ahora y las antiguas, conoce fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos han existido y existen los mismos deseos y las mismas pasiones; de suerte que, examinando con atención los sucesos de la antigüedad, cualquier gobierno republicano prevé lo que ha de ocurrir, puede aplicar los mismos remedios que usaron los antiguos, y de no estar en uso, imaginar nuevos por la semejanza de los acontecimientos.”<sup>16</sup>

A causa de este concepto de la historia, el conocimiento de la política de Maquiavelo es prescriptivo y no descriptivo, señala la conducta preferible, descubre acciones que han de ser imitadas y otras evitadas; analiza los personajes de la historia antigua y moderna para señalar sus errores, aconsejando evitar sus vicios y seguir sus buenas cualidades. Califica con el mayor detalle los errores de la política de Luis XII, menosprecia a Baglioni que dejó cubrirse de gloria al no aprovechar el encontrarse en cierta ocasión a Julio II totalmente desarmado; aconseja imitar a César Borgia, cuyas

<sup>16</sup> *Discursos*, libro I, cap. XXXIX.

empresas analiza con cuidado, a pesar de los fracasos sufridos, que explica más bien como producto de la fortuna que de su voluntad; en todas partes señala normas, aconseja, condena, prohíbe actos. No es posible comprender fácilmente cómo ese conjunto impresionante de máximas, normas, consejos y advertencias ha podido pasar por conocimiento objetivo, que describe hechos escuetos, realidades empíricas, que no aluden a lo bueno, lo útil y lo justo.

Pero a pesar de todas las limitaciones señaladas, de su ingenuo realismo, de las superficiales glosas de la república y la monarquía, ¡qué caudal de experiencia humana, qué río profundo de conocimiento del alma humana ha dejado Nicolás Maquiavelo en todas sus obras! Sin que podamos aceptar la teoría de que las pasiones humanas son iguales en todas las épocas, ¡cuántos atisbos sobre la psicología de los políticos, los conspiradores, los reyes, los príncipes, los republicanos!

Acaso su mayor gloria haya sido el habernos entregado una historia sin teología y sin milagros, sin intervenciones de la divina providencia, con una visión clara, aunque incompleta, profunda, aunque desorganizada, de las sociedades políticas, de las facciones, de las luchas, de los cambios en la estructura política. Esta historia humanizada, despojada del aliento teológico, sentada en el hombre, con todas sus facultades, pasiones, debilidades, es el más alto exponente del talento analítico, realista de Nicolás Maquiavelo.